

ANTE LA LEY

Ginnevra D.



Capítulo 1

Ante la Ley

En El Proceso de Kafka, hay un diálogo en el capítulo 9 entre el personaje Joseph K. y el capellán de la prisión conectado con la corte.

—Eres una excepción entre todos los que pertenecen al tribunal. Tengo más confianza en ti, que en algunos de ellos; ya conozco a muchos de ellos. Contigo puedo hablar abiertamente.

—No te engañes a ti mismo —dijo el sacerdote.

—¿En qué, pues, me engaño? —preguntó K.

—En la Corte te engañas —dijo el cura—, en los escritos introductorios de la Ley se habla de esto:

"Ante la Ley se encuentra un guardián. A este guardián viene un hombre del campo que pide, entrada a la Ley. Pero el portero le dice que él no puede autorizar la entrada en ese momento. El hombre medita sobre esto y pregunta entonces si se le permitirá la entrada en algún momento más adelante.

—Es posible —dice el guardián—, pero no ahora.

El portón de la Ley se encuentra abierto, como siempre, y el guarda de acceso camina hacia un lado, por lo que el hombre se inclina para ver a través de la cancela hacia el interior. Cuando el guarda nota esto, se ríe y dice:

—Si tanto te tienta, trata de ir al interior a pesar de mi prohibición. Pero advierte que soy poderoso. Y sólo soy el guardián más humilde, pero en una y otra sala, hay porteros cada uno más poderoso que el otro. Ya la vista del tercero no la he podido soportar ni una vez.

El hombre del campo no había esperado este tipo de dificultades: "la Ley debe ser siempre accesible para todos", piensa, pero cuando él ahora mira con más detenimiento al guardián en su abrigo de piel, a su gran nariz puntiaguda y a su larga y delgada barba negra de tártaro, decide que será mejor esperar hasta que consiga permiso para entrar.

El guardián le da un banquillo y le permite sentarse en un lado de la puerta. Allí se sienta por días y años. Hace muchos intentos para que lo dejen entrar y cansa al guardián con sus peticiones.

El portero a menudo lo interroga brevemente, preguntándole sobre su tierra natal y muchas otras cosas, pero son preguntas indiferentes, el tipo que los grandes hombres hacen y al final él siempre le dice una vez más que él no puede dejarlo entrar todavía.

El hombre, que se ha equipado con muchas cosas para su viaje, se lo gasta todo, no importa qué tan valioso sea, para ganarse al portero. Este último recibe todo, pero, mientras lo hace, dice:

—Estoy recibéndote esto sólo para que no pienses que no has podido intentar nada.

Durante esos muchos años el hombre observa al guardián de manera casi continua. Se olvida de los otros porteros y este primero le parece el único obstáculo para su entrada a la Ley. En los primeros años, maldice en voz alta las circunstancias de su mala suerte; después, a medida que se hace viejo, sólo murmura para sí mismo. Se vuelve pueril y, puesto que en los largos años de estudio del guardián también ha llegado a conocer las pulgas en su cuello de piel, incluso le pide a las pulgas que lo ayuden a persuadir al portero.

Finalmente su vista se debilita y no sabe si todo a su alrededor es realmente más oscuro o si sus ojos simplemente lo engañan. Pero reconoce ahora, en la oscuridad, una iluminación que irrumpe inextinguible desde la puerta de entrada de la Ley.

No tiene mucho tiempo de vida ahora. Antes de su muerte, reúne en su mente todas sus experiencias de todo este tiempo hasta llegar a una pregunta que aún no le ha hecho al portero. Le hace una seña, ya que no puede levantar su cuerpo cada vez más rígido. El portero tiene que inclinarse hacia abajo hasta él, porque la diferencia entre los dos ha cambiado considerablemente las cosas en desventaja del hombre.

—¿Qué es lo que todavía quieres saber ahora? —pregunta el guarda—. Eres insaciable.

—Todo el mundo se esfuerza por la Ley —dice el hombre—, así que ¿cómo es que en todos estos años nadie más que yo ha solicitado entrada?

El guardián ve que el hombre ya se está muriendo y, con el fin de llegar a su sentido disminuido de la audición, le grita:

—Aquí nadie más puede pedir entrada, ya que esta puerta se te ha asignado únicamente a ti. Voy a cerrarla ahora."

El capellán y K. discuten varias interpretaciones posibles de esta historia - quién está engañado, quién está subordinado a quién...

- o -

Autor: Franz Kafka

Traducción al español: © Ginnevrá D.

Portada: Ernst Ludwig Kirchner